

entregado por completo á la filosofía (1). En otra parte hemos dicho cuál fué la celebridad de la escuela de Lieja en el siglo XI (2). La escuela de *Bec*, en Normandía, contó entre sus maestros hombres tan eminentes como Lanfranc y San Anselmo, y también concurrían á ella los extranjeros (3). La Europa católica era estrecha ya para el celo de tantos hombres ávidos de saber. En el siglo X visitó Gerberto las escuelas de la España árabe. Y en 1060, un sabio de París emprendió el viaje de Atenas para estudiar las ciencias en la cuna de la civilización (4).

Un solo hecho basta para probar lo activas que eran las relaciones en la sociedad cristiana, y es el de que tenemos una historia universal escrita por un monje en el siglo XI. Orderico Vital, oriundo de Inglaterra, pasó toda su vida en un monasterio escondido en medio de los bosques de la Normandía; no salió de su celda, por decirlo así, y nos refiere, sin embargo, la historia de Inglaterra y de la Normandía, las luchas de Gregorio VII y de Enrique IV, los viajes marítimos y descubrimientos hechos por los reyes de Noruega, las cruzadas de Oriente y las de España. El monje solitario del siglo XI tenía un conocimiento más exacto de la Europa que el hombre más científico de la antigüedad, Plinio el Naturalista. Se ha dicho que nunca hubo menos relaciones entre los hombres que en los primeros tiempos del feudalismo. Nosotros creemos que, sin paradoja, se puede asegurar que el aislamiento de aquel régimen es una ilusión. En la antigüedad necesita Herodoto hacerse viajero para escribir la historia; en el siglo XI, un monje escribe los anales de los pueblos más lejanos sin salir de su convento. ¿Cómo pudo saber lo que pasaba en los mares glaciales y en los desiertos de África? El genio aventurero de los Germanos y la religión concurrían admirablemente á relacionar los hombres. Sin el cristianismo, los Normandos hubieran continuado su oficio de piratas, y ni se les hubiera visto camino de Jerusalem, ni hubieran fundado reinos en Italia, en Sicilia y en Inglaterra; así como sin el genio aventurero de la raza germánica, el cristianismo no se hubiera difundido por el mundo ni hubiese llegado á ser un vínculo

internacional. La Iglesia griega era cristiana, sin embargo de lo cual ha vivido casi aislada; y si la Iglesia latina ha tenido una vida tan activa, lo debe en gran parte á la sangre germánica, que ha regenerado el Occidente; lo debe también á la unidad de su poderosa organización.

§ II.—La Iglesia, vínculo internacional.

I.

La unidad es esencial á la Iglesia del propio modo que al cristianismo: hé ahí por qué ha encarnado en Roma, predestinada por su genio á imprimir la unidad donde quiera que ejerce su influencia. Cayeron las barreras de las naciones, en la antigüedad, ante las legiones y el derecho, los dos instrumentos con que la Ciudad Eterna conquistó al mundo. Barreras más fuertes que las nacionalidades separaban á los pueblos en la Edad Media; puesto que los separaban ideas estrechas de donde nacen estrechas relaciones; y en lugar de un centro, había tantos centros como comarcas. Pero Roma cristiana había heredado el genio de Roma pagana, é impuso sus leyes donde quiera que fué adorado el Cristo; para ella no existían las mil fronteras de las sociedades feudales; no había ciudad, ni aldea ni castillo que no se reconociese dependiente de la silla de San Pedro. Roma pagana se engrandeció asimilándose los vencidos; su ambición la elevó por cima del patriotismo hostil de la antigüedad, y se hizo cosmopolita por intereses. Bajo el régimen feudal faltaba el espacio para aquella vida á la vez expansiva y absorbente: los hombres estaban apegados al suelo, los unos como señores, los otros como siervos. Pero sobre aquella vida local y particular hay una vida general: la Iglesia se reclutaba en toda la cristiandad y llamaba á todas las inteligencias. Si la organización feudal era un principio de inmovilidad, la jerarquía católica era un principio de actividad. Los siervos y los señores morían adonde habían nacido si el espíritu aventurero de la raza germánica no los sacaba del círculo limitado de su existencia. En el seno de la Iglesia, el movimiento de una inmensa sociedad hacía las veces del genio aventurero: la vida de los prelados es tan agitada como la de los caballeros, y los solitarios hacen alguna

vez una vida más vagabunda que los guerreros. Sigamos á alguno de los personajes más célebres de la Iglesia en su azarosa existencia durante los siglos X y XI, y á pocos esfuerzos de la imaginación haríamos de su biografía una novela.

Rathier, obispo de Verona, nació en el país de Lieja; los unos dicen que fué hijo de un carpintero, mientras que otros le hacen descender de la noble alcurnia de los nobles de Vianden. Apenas había salido de la infancia, se consagró á Dios en el monasterio de Laubes, y su talento perspicaz le dió desde luego predominio sobre los otros monjes. Después de haber acabado sus estudios, anduvo de uno en otro monasterio predicando la palabra de Dios; era su elocuencia seductora, y se le obligó, joven y todo como era, á aceptar la abadía de San Amando en Laon; pero estaba destinado para una carrera más tempestuosa. Hilduino, clérigo de la iglesia de Lieja, fué llamado á Italia por el rey Hugo, y Rathier le acompañó. El clérigo liejes llegó á ser arzobispo de Milan, y Rathier obtuvo el obispado de Verona. Pero el rey, que le había dado el obispado por sorpresa, juró que el elegido no gozaría de él en su vida. En aquellos tiempos de revolución no era fácil á los obispos contentar á todos los partidos, y Rathier, acusado de parcial del rey Arnolfo, fué encerrado en una torre de Pavia para expiar allí sus culpas verdaderas ó supuestas. El prisionero dirigió sus quejas á toda la cristiandad, quejas inútiles contra la fuerza. Después de dos años y medio salió de la prisión y fué desterrado á Como, destierro que no dejaba de tener para él cierto atractivo, habiendo encontrado allí un obispo francés y desahogo para el estudio. Pero se puede sospechar que el estudio no le consoló de sus desventuras, al ver que se aprovechó de la caída de Hugo para entrar en Verona, donde Milon había sido nombrado obispo en su lugar. Aparentó el intruso que reconocía los derechos de Rathier; pero supo intrigar tan bien, que el prelado galés fué repudiado por sus propios clérigos. Esta humillación fué más dura para Rathier que la prisión en Pavia; pero los acontecimientos políticos apagaron su enojo. Obligado á huir para no caer en manos de sus enemigos, se retiró á la Provenza á casa de un señor de cuyo hijo fué maestro, obteniendo en recompensa un obispado, que renunció muy pronto para regresar á Laubes. Por aquella época, Brunon, hermano de Oton el Grande, traía á la corte

de Alemania á los hombres más eruditos para ilustrarse con su trato; Rathier acudió, y pasó allí por el más hábil. Brunon le obsequió con el obispado de Lieja en muestras de gratitud y con la esperanza de que su ciencia y su conducta serían útiles á la Iglesia. Pero Rathier no tenía el talento de hacerse amar, y mientras que celebraba las fiestas de Navidad en Laubes, los Liejeses se insurreccionaron contra él y le obligaron á abandonar su mitra. El monje de Laubes se veía detestado en su tierra natal, como lo había sido en tierra extraña, y es que le faltaba la más bella de las virtudes y acaso la más rara, la indulgencia: nacido en tiempos de corrupción, reprendía con acrimonia los vicios de los hombres, y era en sus correcciones de una dureza inflexible. Después de haber pasado dos años en Laubes, Rathier volvió á tomar el camino de Italia, formando parte del acompañamiento de Oton el Grande. El obispado de Verona estaba ocupado por un obispo simoníaco; y para recobrarle, Rathier se dirigió al papa y reclamó el apoyo de los obispos de Italia, de Francia y de Alemania. Un concilio reconoció sus derechos; mas para hacerles valer fué necesaria la protección omnipotente del emperador. Hé aquí á Rathier por tercera vez en su obispado, que tampoco debía conservar largo tiempo. El clero italiano era tan corrompido como ignorante, y el obispo de Verona le reprendió públicamente, echándole en cara todos sus vicios; lo que le decía era verdad, pero la verdad en boca del obispo galés hería y no curaba; los Italianos se vengaron, y Rathier no vivía seguro en medio de su Iglesia. Uno de sus discípulos, que había llegado á ser obispo de Lieja, supo sus tribulaciones y le rogó con grandes instancias que se retirase y se fuese á su lado. Rathier pasó los Alpes; pero su genio inquieto no le dejaba reposo en parte alguna. Obtuvo del rey de Francia la abadía de San Amando; pero no había pasado en ella una noche, y ya estaba disgustado. El obispo de Lieja le dió un territorio á orillas del Sambra, y Rathier le abandonó también por la abadía de Monte-Alto. El fin de su carrera agitada estuvo lleno de conflictos: envuelto, no se sabe por qué motivos, en una grave contienda con los monjes de Laubes, se instaló con violencia en la abadía donde había recibido siendo niño el pan de la vida. Duraron aquéllos desórdenes un año; y habiendo muerto su protector, el obispo de Lieja, Rathier dejó á Laubes, se retiró

(1) *Vita Ottonis*, § 1 (BOUQUET, XIV, 80).

(2) Véase la parte sexta de estos *Estudios*.

(3) LAPPENBERG, *Geschichte von England*, I, II, p. 292.

(4) *Acta Sanctorum*, 11 de Abril, p. 7, núm. 5.

á su territorio del Sambre y vino á morir en Namur (1).

El obispo de Verona tiene algo de aventurero (2): participaba del espíritu del tiempo. Ese mismo genio revoltoso, con una mezcla de intrigas, se ve también en uno de los hombres más notables de la Edad Media. Gerberto, nacido en Auvernia, de padres de humilde condición, abrazó, siendo niño, la vida religiosa; fué ménos el amor á la vida contemplativa que la sed de ciencia lo que le retuvo en el convento. Bien pronto adquirió los conocimientos literarios y científicos que eran objeto de la enseñanza de la Edad Media; y no hallando ya en su monasterio los medios de satisfacer la sed de saber que le atormentaba, obtuvo de sus superiores el permiso de ir á estudiar al extranjero; su abad le recomendó al conde Borrell de Barcelona, el cual le envió al obispo de Vich, Haiton, persona muy versada en las matemáticas. Cultivaban por aquella época los Árabes las ciencias con más esmero y más éxito que los cristianos, y la tradición cuenta que el monje francés adquirió en su trato con los Árabes los secretos de la naturaleza que aún eran un misterio. El rumor popular le acusa de haberse entregado á la magia y de haber hecho alianza con el diablo. En *Guillermo de Malmesbury* se puede leer que, para luchar con un mago árabe, nuestro monje invocó el auxilio de los espíritus infernales (3). Hacia el año 968, Gerberto marchó con Borrell y Haiton á Roma, viaje que dió ocasion á su fortuna; allí se dió á conocer al emperador Oton, el cual apreció los talentos del monje y le dió la célebre abadía de Bobbio, fundada por San Colombano. Gerberto se ocupó principalmente de la enseñanza y atrajo á sus lecciones discípulos de los países más lejanos. Pero el cielo de Italia no era propicio á los extranjeros: el abad de Bobbio se hizo sospechoso como protegido del emperador alemán, de modo que se disgustó bien pronto de vivir en un monasterio explotado y saqueado por seglares y por eclesiásticos. Gerberto volvió á las Galias, conservando el título de abad, y como tal se vió forzado á seguir á los emperadores de Alemania en sus expediciones militares. Pasó algún tiempo en la cor-

(1) *Hist. literaria de Francia*, por los religiosos benedictinos, tomo vi, p. 339.

(2) «Erat mira levitatis vir,» dice la crónica de Laubes (*De gestis abbatum Lobensium*, c. xxviii, en D'ACHERY, *Spicileg.*, II, 740).

(3) GUILIELMI MALMESBURIENSIS *Chron. (Reperum anglicarum Scriptores*, p. 64); WILLI. GODDELLI *Chronica*. (BOUQUET, X, 250).

te de Oton el Grande, donde fué su alumno el hijo del emperador; despues se estableció en Reims, y tomó la dirección de la escuela episcopal. Parecía completamente entregado á las ciencias; hacia venir libros de Bélgica, de Alemania y de Italia, y la fama de su nombre llevó á Reims numerosos discípulos, entre los cuales se encontraba el hijo de Hugo Capeto, que llegó á ser rey con el nombre de Roberto. Sin embargo, el estudio no absorbía enteramente al profesor de Reims, que, hombre de acción tanto como de ciencia, tenia la ambición del poder; pertenecía éste en aquella época á la Iglesia, pero no se llegaba á él más que con el apoyo de los reyes. Gerberto tenia relaciones en todas partes, y las conservó siempre con la familia de Oton, á quien debía su fortuna; además era maestro del futuro rey de Francia. La familia de los Capetos tenia un rival en el duque de Lorena, y Gerberto estuvo algún tiempo afiliado al partido del duque. La silla de Reims, á la cual iba aneja la primacía de las Galias, tentó al ambicioso profesor. Habiendo el arzobispo entregado la ciudad por traición al duque de Lorena, su pariente Gerberto se declaró por el conde de Paris, y á poco tiempo un concilio depuso á Arnolfo y nombró en su lugar á Gerberto. Esta elección empujó á nuestro prelado en la lucha que los obispos de las Galias sostenían contra las invasiones de Roma. Anuló el papa las actas del concilio, porque había depuesto á un metropolitano sin su conocimiento. Inútilmente trató Gerberto de mantener sus derechos; decía con razón que su causa era la de todos los obispos; pero había otra causa más grande aún que esta, la de la civilización, la cual reclamaba la supremacía de los sucesores de San Pedro. Obligado Gerberto á abandonar su arzobispado, se retiró á la corte de Oton II, que conservaba grande afecto á su antiguo maestro; siguióle éste á Italia, adonde se trasladó el emperador para poner remedio á los desórdenes que agitaban á Roma. Con el apoyo de su real protector, Gerberto fué llamado á la sede arzobispal de Rávena y poco tiempo despues á la silla de San Pedro. El deseo de saber fué el que condujo á Gerberto á Córdoba y á Sevilla; la fama de su ciencia fué la que le hizo abad de Bobbio y despues arzobispo de Reims y de Rávena, y también fué por su fama de *gran filósofo* (1) por la que el

(1) Propter summan philosophiam.

emperador le llamó al gobierno espiritual de la cristiandad (1). La tradición ha transformado al filósofo de la Edad Media en mágico. En el día, á causa de las preocupaciones que abrigamos sobre el feudalismo, puede parecer sobrenatural el que un hombre de humilde cuna, y en un siglo de tinieblas, se entregase con pasión al estudio; que su ciencia le pusiese en relación con los príncipes y los sabios de la Europa entera, y que acabase por elevarse á la primera dignidad del mundo cristiano. ¿Cómo conciliar esas vastas relaciones con la idea que nos hemos formado de una sociedad aislada en medio de su ignorancia?

No hay que creer que la vida agitada de Rathier y de Gerberto sea un hecho accidental: en los siglos X y XI no había un clérigo, por decirlo así, que no tuviese una vida más activa que la que hoy tienen los príncipes de la cristiandad. En cierto sentido se puede decir que en aquella época había más unidad y más relaciones entre los pueblos que las que hay en el siglo XIX. Apenas formadas las naciones, la cristiandad era una; Franceses y Alemanes ocupaban las sillas episcopales en Italia; los Italianos iban á hacer fortuna á Francia ó á Inglaterra (2), y lo que pasaría actualmente por una singularidad era entonces el orden natural de las cosas. Si á esto se añade el movimiento que la sangre germánica comunicaba á todos los espíritus, se comprenderá fácilmente por qué los solitarios tenían relaciones tan extensas como las tienen en el día nuestros diplomáticos.

San Simeon de Tréveris nació en Siracusa de padres griegos, que le hicieron educar en Constantinopla como hijo de un hombre noble; apoderóse de él el anhelo de las peregrinaciones; marchó á Jerusalem y se fijó en la Tierra Santa; era su ambición la de llegar á ser anacoreta, pero sus hermanos, los monjes, le sacaron de su soledad. Se necesitaba un hombre versado en las lenguas extranjeras para ir á Roma á recibir los donativos

(1) *Hist. literaria de Francia*, por los religiosos benedictinos, tomo vi, p. 579.

(2) Durante el siglo XI dió la Francia un gran número de obispos y de abades á la Italia y la envió colonias de frailes. Roma recibió cuatro papas franceses. Por la misma época dió también la Francia un arzobispo á Toledo, y llevó consigo muchos otros eclesiásticos y personajes distinguidos; y Franceses fueron los que ocuparon en España sillas metropolitanas y sufragáneas. Salleron de Cluny, de San Víctor y de Marsella para España colonias de monjes. Y entonces fue cuando el ritual francés, que era el romano, reemplazó el muzárabe y los caracteres franceses al gótico (*Hist. literaria de Francia*, t. vii, página 158).

que los duques de Normandía hacían á los religiosos del monte Sinai, y se eligió á Simeon, que sabía el egipcio, el siríaco, el árabe, el griego y el latín. Su viaje no fué feliz; el buque en que venía á Europa fué atacado por los piratas, y solamente Simeon se salvó. Á su llegada á Normandía había muerto el duque Ricardo, protector de los monjes, y el anacoreta tuvo que retirarse á Verdun bajo la protección del abad de San Vanes, á quien había conocido en Antioquia. Más tarde, el arzobispo de Tréveris le llevó consigo á Jerusalem, adonde fué en peregrinación, y á su regreso le ofreció el puesto que quisiera elegir en su diócesis; Simeon eligió una pequeña habitación en una torre, y el arzobispo le encerró en ella solemnemente en presencia del pueblo y del clero. Y por esto el Griego de Siracusa, el monje letrado del monte Sinai, vino á tomar el nombre de San Simeon de Tréveris (1).

II.

Hemos tomado al acaso algunos rasgos del siglo X para demostrar el movimiento que había en la Iglesia; el XI nos suministraría otros tantos. Al lado de Gerberto podríamos colocar á Lanfranc, nacido en Pavia de una familia senatorial, legista en Bolonia, despues abad del Bec en Normandía, más tarde consejero íntimo de Guillermo el Bastardo, y llamado por el conquistador para encomendarle la Iglesia anglo-sajona, tomando parte en los asuntos políticos de su tiempo á la vez que en los debates suscitados por Berenger acerca del misterio de la Eucaristía. Pero el siglo XI llama nuestra atención sobre un asunto más importante. Fué aquella la época tal vez más tempestuosa por que ha pasado la Iglesia; y no es que aquel movimiento fuese el de unos cuantos individuos, fué una revolución que conmovió á la cristiandad entera: donde quiera que había un monje ó un clérigo había lucha, en la cual tomaba una parte activa la población entera. Al propio tiempo que se constituía el feudalismo, trabajaba la Iglesia en su reforma, haciendo un supremo esfuerzo para sustraerse á los eslabones feudales que iban á estrechar el Occidente. Ya hemos dicho en otra parte que el porvenir de la civilización estaba ligado á la domi-

(1) La vida de San Simeon se encuentra en las *Acta Sanctorum*, Junio, t. i, p. 87).

nación del catolicismo durante la Edad Media. La Iglesia no tenía más que un título para aquella dominación, el de ser superior por su moralidad y por su inteligencia á la sociedad laica; pero en los siglos X y XI, la Iglesia caminaba á confundirse con los Bárbaros, á quienes debía dirigir, toda vez que participaba de sus pasiones y de sus vicios. Fué necesario arrancarla violentamente del contacto de la sociedad temporal para hacer de ella una sociedad espiritual. Tal fué el objeto de las largas luchas que han inmortalizado el nombre de Gregorio VII.

Ha sucedido á la reforma de la Iglesia lo que sucede á todas las revoluciones; no se realizan hasta que no están maduras. Gregorio VII verificó la reforma, pero la Providencia le había preparado las vías. Las órdenes religiosas eran las que expresaban el ideal de la vida cristiana, y fué en los conventos donde el espíritu aprendió á domeñar la carne y á hacer de la existencia terrestre una imagen de la vida celestial. Eso no obstante, en el siglo X estaban invadidos los monasterios por seglares. Y los monjes andaban vagabundos ó compartían la vida licenciosa de los condes-abades. La reforma, por tanto, debía comenzar por los religiosos, y esa fué la obra del siglo X. El movimiento partió de Cluny y se extendió rápidamente por toda la cristiandad. Los abades de Cluny, célebres por la santidad de su vida, fueron llamados á reformar los monasterios extranjeros á instancias de algun piadoso seglar: así es como el conde Elisardo solicitó de Raoul, rey de Francia, la abadía de Fleury para dársela á San Odon. La reforma encontró una resistencia tenaz en los monjes, que, habituados á una vida disoluta, no podían soportar una existencia de privaciones; en Fleury se defendieron á mano armada, y fué necesario el apoyo de la fuerza para instalar al abad de Cluny. Pero la conciencia general, aún en el seno de la corrupción, se pronunciaba á favor de la reforma; hasta tal punto era grande el contraste entre la realidad de la vida religiosa y lo que debía ser (1). San Odon reformó un gran número de monasterios en la Borgoña, el Perigord, el Lemosin, en Tours, en Lausana y hasta en Pavia y en Roma (2). Se le reconocía como

(1) Pedro, abad de Cluny, dice hablando de la reforma de Odon: «In cunctis pene Europæ nostræ finibus, de monacho, præter tonsuram et habitum, nihil» (Epist. vi. 17).

(2) MABILLON, *Elog. Odonis (Act. S. Benedicti)*, Sæcul. v, página 139. Cf. GLABER, *Hist.*, III, 5: «Hic in tantum hujus institu-

jefe de todas aquellas casas, y el abad que en ellas dejaba establecido era, en cierto modo, su vicario. De esta manera Cluny vino á ser el *archimonasterio* y sus jefes los *archiabades* de una inmensa familia. Aquel fué el primer gérmen de las poderosas congregaciones que cubrieron el suelo de la Europa. Mientras que todo se disolvía en el mundo feudal, la sociedad religiosa unía lo que estaba separado; los innumerables monasterios que llenaban el Occidente estaban unidos á unos cuantos centros.

San Mayol prosiguió la obra de San Odon. La reforma de los monasterios era una cuestión vital para el cristianismo, y la favorecieron los emperadores como defensores de la Iglesia. Oton el Grande llamó á su lado á San Mayol y le honró hasta tal punto, que la emperatriz quería servirle como una criada. El emperador le ofreció el gobierno de los monasterios que dependían de él en Italia y en Alemania. Pero el santo abad, temiendo debilitar su influencia si la daba tanta latitud, prefirió á una reforma total é inmediata una reforma gradual y lenta, y concentró sus esfuerzos en la Francia, aprovechándose del respeto que inspiraba á sus reyes y á sus príncipes (1). San Mayol ponía algunas veces á su concurso condiciones que debían parecer extrañas á los señores feudales. Ricardo I, duque de Normandía, solicitó al abad de Cluny para reformar la abadía de Fescamp: San Mayol respondió que accedería, á condición de que el duque aboliese el derecho de montanera en todo su ducado; consistía aquel derecho en exigir un tributo por llevar á cebar los cerdos á los montes. El duque no aceptó la condición. Después de la muerte del santo, se dirigió á su discípulo, San Benigno de Dijon, el cual se mostró más acomodaticio (2).

El abad Odilon adquirió tanta celebridad como San Mayol. Tres obispos, Sancho de Pamplona, Gautier de Macon y Leubaldo, cuya sede se ignora, dejaron sus mitras para ir á vivir á Cluny bajo la dirección de aquél. Los emperadores Oton III, Enrique, Conrado el Sállico, Enrique el Negro, la emperatriz, Adelaida, los reyes de Francia y de Hungría y otros muchos príncipes le dieron muestras de su benevolencia y veneración. El conde de

ti propagator extitit, ut a Beneventana provincia, queque habebantur in Italia, et in Galliis usque Oceanum maré, potiora monasteria illius ditiori gratularentur esse subjecta.»

(1) MABILLON, *Elog. Majoli*, c. vi, ix, p. 773, 785.—FLEURY, *Hist. Eccl.*, LVII, 35.

(2) MABILLON, *Acta Sancti Ordinis Benedicti*, Sæcul. vi, páginas 341, 351.

Poitiers le miraba como un templo vivo del Espíritu Santo y le dió á gobernar muchos monasterios. Hugo Capeto le encargó la reforma de la abadía de San Denis. Reformó también y estableció otros muchos monasterios, tanto en Italia y en España como en Francia y en Borgoña. Entre sus discípulos se cuenta un abad de Cava en Italia, otro de Brema y varios de España, en donde esparcieron la regla de Cluny. El hijo del rey de Polonia fué algun tiempo monje bajo su dirección antes de subir al trono (1).

Las congregaciones fueron como repúblicas conquistadoras; extendían su imperio con la reforma de los monasterios existentes, y se multiplicaban en forma de colonización. Los tiempos de la reforma fueron tiempos de fervor religioso; y el monaquismo gozaba de un favor que en el día nos es difícil comprender. Se comparaban los monjes á los ángeles; los grandes y poderosos de la tierra dejaban sus grandezas para desempeñar funciones serviles en los monasterios; los que permanecían en el siglo procuraban participar á lo ménos de los beneficios de la santidad monacal, afiliándose á una orden, y los enfermos se creían seguros de su salvación si morían vestidos con el hábito religioso. Hay que colocarse en aquel estado social para comprender la prodigiosa rapidez con que se extendieron en la Edad Media las órdenes monásticas. Cuando el impulso se daba por algun santo personaje, el movimiento tomaba una fuerza inmensa. San Bernardo le comunicó á la orden del Cister, la cual poseía en 1152 quinientas abadías, y un siglo después contaba mil trescientas (2); no había un país en Europa en que no hubiese un convento de Cistercienses. Todos aquellos monasterios dependían de un mismo centro, y cada año los abades de las casas afiliadas debían reunirse en la abadía metropolitana para deliberar sobre los intereses generales de la orden y para estrechar los vínculos de fraternidad: aquellos á quienes una enfermedad impedía concurrir á aquellas reuniones debían enviar un representante; y ni los más lejanos estaban dispensados de asistir al capítulo general; pero, en razón de la dificultad de las comu-

(1) *Hist. literaria de Francia*, por los religiosos benedictinos, tomo VII, p. 414 y siguientes.—MABILLON, *Acta Sancti Ord. Benedicti*, t. VIII, p. 65-657, 690-683. Las relaciones de Hugo, abad de Cluny, fueron no ménos extensas (*Hist. literaria*, t. IX, páginas 457 y siguientes).

(2) GIESLER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 67, nota 9.

nicaciones, se les permitía no asistir á las asambleas de la orden más que en las épocas fijadas para el capítulo (1). Inocencio III hizo de aquellas reuniones periódicas una ley para todas las congregaciones religiosas (2).

La reforma de los monasterios tuvo por resultado el establecer la unidad en las órdenes monásticas, con lo cual se difundió una vida activa en el monaquismo. Los monjes no eran solitarios más que en apariencia; en realidad de verdad eran ciudadanos del mundo; miembros de un orden que tenía afiliaciones en toda la cristiandad, participaban de aquella vida general; para aquel que tenía ansia de saber, nada era ignorado: un monje, en medio de los bosques de la Normandía, podía escribir la historia universal del mundo cristiano. Pero la reforma de los monasterios no era más que el principio de una reforma más importante y más extensa; la Iglesia entera necesitaba volver á la vida espiritual y á la unidad que los santos abades habían introducido en los monasterios. El espiritualismo iba á salir del recinto de los claustros para ocupar la cátedra de San Pedro y dominar desde allí el mundo cristiano.

III.

Á mediados del siglo XI se hallaba Roma entregada á la violencia y al vandalismo; un muchacho de doce años compró el papado, y aquel escándalo, que ha arrancado gritos de dolor á los historiadores católicos, era resultado de las costumbres del tiempo. Benedicto IX fué elegido papa por la influencia de la casa de Toscana, á la cual pertenecía: las pasiones laicales dominaban en la iglesia de San Pedro como en todas partes. Expulsado Benedicto varias veces por los Romanos, otras tantas recobró su silla por medio de la fuerza, y acabó por vender el trono pontifical á Gregorio VI. El nuevo papa, aún cuando hombre de gran virtud, fué impotente para reprimir la violencia de los partidos que desgarraban la capital del mundo cristiano, donde dominaba la fuerza hasta en el interior de los templos, dentro de los cuales se arrancaban las ofrendas de los peregrinos con las armas en la mano. La fuerza solamente podía

(1) Epístola de Alejandro III, confirmando los estatutos de la orden del Cister (MANST., XXI, 960).

(2) *Concil. de Letran*, de 1215, c. XII.